

INICIO DEL TIEMPO DE ADVIENTO Y COMIENZO DEL AÑO LITURGICO

A finales de este mes de noviembre se iniciará, juntamente con el tiempo de Adviento, un nuevo año litúrgico. Dos inicios que, al coincidir siempre en el mismo día, corren el riesgo de confundirse el uno con el otro. Distinguirlos y dar a cada uno de ellos su significado propio y recalcar su diversa finalidad es lo que quisiéramos clarificar en este editorial.

El inicio del Adviento tiene por lo general gran relieve en casi todas las comunidades. El hecho de que conlleve todo un cambio de decorado litúrgico ayuda a subrayar esta inauguración del nuevo tiempo litúrgico. Las vestiduras de los ministros cambian su color y toman un aspecto más sobrio; las lecturas de la misa tanto feriales como dominicales -sobre todo las evangélicas- abandonan el sistema de lectura continuada y pasan al estilo de perícopas seleccionadas y más o menos temáticas; los cantos, sobre todo los más comunes (himnos, canto de entrada, etc.), toman acentos mucho más característicos que en las semanas anteriores; en no pocas iglesias se ve la cada vez más habitual *Corona de Adviento*... Muchos otros detalles aún podrían citarse -habituales algunos, de creatividad más reciente otros- que advierten cada año a los fieles la llegada del nuevo ciclo litúrgico.

Con la llegada del tiempo *fuerte* de Adviento acostumbra a renacer en la mayor parte de comunidades -¡ojalá fuera en todas!- una nueva vitalidad y un más intenso deseo de vivir el nuevo año litúrgico. Es como si continuara resonando aún cada año aquella lectura que en otros tiempos fue una de las característica del

primer día de Adviento -el nuevo misal de Pablo VI la ha conservado únicamente en el primer domingo del ciclo A- *Ya es hora de dejar el sueño, porque nuestra salvación está más cerca* (Rm 13, 11). Todo ello -cambio objetivo de decorado y mayor vitalidad subjetiva de los fieles- constituye uno de los aspectos espiritualmente más atractivos de los primeros días del mes de diciembre.

El que, además del Adviento, se inicie también un nuevo año litúrgico pasa generalmente más desapercibido. Y en cierta manera se comprende que así sea pues ningún signo especialmente visible marca que nos hallemos ante un año litúrgico distinto del que pocos días antes finalizaba. Aquí hay, pues, una marcada diferencia entre el relieve que cobra el inicio de Adviento y el que conlleva el comienzo del nuevo año litúrgico.

A decir verdad también el nuevo año eclesial trae consigo una interesante novedad -el cambio de leccionario dominical- que no deja de marcar el paso de un año a otro. Con todo hay que reconocer que en este caso se trata de un hecho popularmente menos llamativo y consiguientemente menos fácil de captar. Además el enfoque o *color* diverso de los escritos bíblicos -del evangelio dominical singularmente- no empieza propiamente con el primer domingo de Adviento sino más bien después de la fiesta del Bautismo del Señor, cuando se inicia el tiempo ordinario. Por ello -digámoslo como de paso- si se desea subrayar el paso de un evangelista a otro, será mucho más educativo, eficaz y verdadero presentar el nuevo evangelio (en el rito de entrada de la misa, por ejemplo) no en el primer domingo de Adviento sino más bien en el tercero del tiempo ordinario que es cuando realmente se inicia la lectura *continuada* del evangelio propio del año (las lecturas evangélicas del primer domingo de Adviento y de la fiesta del Bautismo del Señor, aunque se tomen ya del evangelista del ciclo, no son aún inicio de la lectura *continuada* del evangelio del ciclo sino sólo *seleccionados* con referencia al misterio del día).

Subrayar el nuevo año litúrgico aunque sea importante ni es tan común ni resulta tan fácil lograrlo. Cada nuevo año litúrgico debería significar un enriquecimiento espiritual de los fieles; pero ¿cómo obtenerlo y en que debería consistir este enriquecimiento? Empecemos reconociendo que el sentido de novedad del comienzo del año litúrgico es muy distinto del que conlleva el inicio de Adviento. Para subrayar la llegada del nuevo año no caben ciertamente maneras parecidas a las que se usan para destacar el nuevo

Adviento; aquí no cabe, por ejemplo, una monición o explicación en el interior de la celebración, o la adopción de nuevos cantos, o el variar algunos signos celebrativos. El inicio del nuevo año litúrgico *como tal* debe buscar en todo caso otros caminos.

Para vitalizar la vivencia del nuevo año litúrgico pensamos que debería pensarse sobre todo en proyectar, ya desde sus primeros días -es decir desde las primeras celebraciones de Adviento- una equilibrada organización *de lo que deben ser las celebraciones de todo el conjunto del nuevo año*. Diferenciar y equilibrar la importancia, significado y fuerza que tienen las distintas partes o tiempos del año y evitar así que los diversos ciclos aparezcan sólo como una sucesión de tiempos que se sitúan simplemente uno después del otro, es un matiz importante y frecuentemente olvidado. Y el comienzo del año no sólo es un buen momento para hacerlo sino incluso un momento decisivo para lograrlo. Si, por ejemplo, después de las largas semanas del Tiempo ordinario, un exagerado *entusiasmo celebrativo* -permítasenos la expresión- lleva a introducir excesivos elementos propios de Adviento, olvidando que en otros momentos del ciclo habrán celebraciones más significativas, el conjunto del año litúrgico puede quedar gravemente desfigurado.

Una organización equilibrada del año litúrgico debe arrancar del principio fundamental de que la principal diferencia que debe notarse entre los diversos tiempos litúrgicos es la que media entre *Tiempo pascual* y *Fuera del tiempo pascual*. Esta diferenciación es sin duda más importante que la que separa, por ejemplo, el Tiempo ordinario del Tiempo de Adviento o del Tiempo de Cuaresma. El paso, pues, del ciclo *Fuera del tiempo pascual* al ciclo *Tiempo pascual*, debe ser subrayado por signos y vivido con mucha más intensidad que todos los restantes cambios de un tiempo a otro.

Tanto la historia como la teología litúrgicas prueban que la mentada diferenciación entre *Tiempo pascual* y *Fuera del tiempo pascual* es la más fundamental y las más antigua de todas las diferenciaciones del ciclo litúrgico y se funda en la propia naturaleza del año cristiano. Bastaría dar una ojeada a los antiguos códices o a los más recientes libros litúrgicos para descubrir que en ellos siempre ha habido y hay formularios propios y diversos -incluso por lo que se refiere al santoral o a celebraciones que no forman parte del propio de tiempo- para el *Tiempo pascual* y otros para *Fuera del tiempo pascual*. Y por lo que respecta a la naturaleza del ciclo litúrgico podría recordarse el texto de la Constitución Conciliar de liturgia que, al tratar del año litúrgico, sitúa

significativamente *de manera diversa y en párrafos distintos* la Cincuentena de Pascua (junto con el domingo, las dos únicas celebraciones que conoció la Iglesia antigua) y todos los demás ciclos y fiestas del año: el domingo y el ciclo pascual figuran en el apartado primero; los restantes ciclos y fiestas están situados en el párrafo siguiente (Cf. Sac. Conc. 102). En correspondencia con esta visión aparece también en otro lugar (Sac. Conc. 61) la afirmación de que los sacramentos *siempre y únicamente* hacen presente el misterio *pascual* que es el objeto propio de la Cincuentena- nunca, en cambio, los demás hechos celebrados en los otros ciclos y fiestas.

La diferenciación entre *Tiempo pascual* y *Fuera del tiempo pascual* no puede limitarse a una afirmación teórica. Es necesario que, en el ámbito de las celebraciones, se pongan gestos que la manifiesten. Si, por ejemplo -y queremos subrayar que se trata de un *simple ejemplo*- se da un tal realce a las *novedades* celebrativas de Adviento, o si en estos días se introduce una excesiva variedad de elementos propios (superior a los que se varían en otros ciclos de mayor relevancia) el significado del ciclo cristiano quedará desequilibrado.

Variar en los diversos tiempos litúrgicos *algunas fórmulas* -sobre todo de las que corresponden al pueblo- puede dar vitalidad a la celebración. Pero en este ámbito debe procederse con suma cautela y pedagogía. Al introducir nuevas fórmulas hay que evitar en primer lugar el mero verbalismo, es decir, un cambio de meras palabras con idéntico contenido (¿qué diferencia hay entre decir en la oración universal *Te lo pedimos, Señor* o bien *Escúchanos, Señor?*). En segundo lugar debe evitarse que las fórmulas introducidas empobrezcan o desfiguren el sentido de lo que debe expresar la fórmula aparentemente más apropiada (responder durante el Adviento *Ven, Señor Jesús* a la oración de los fieles es desvirtuar el sentido de intercesión universal de esta plegaria; *Ven, Señor Jesús* es una aclamación eucarística que tiene su significado propio en la anámnesis, después de la consagración, no en la Oración universal, no una intercesión por necesidades).

Pero hay aún otro principio pedagógicamente importante: aunque pueda ser útil variar algunos textos para dar mayor vitalidad a los diversos tiempos litúrgicos, con todo hay que procurar que las variantes de la Cincuentena pascual resulten más subrayadas, expresivas, numerosas e incluso *vistasas* que las de los otros tiempos. Que hayan determinadas fórmulas que varíen sólo durante el *Tiempo pascual* mientras en el conjunto de los otros ciclos, es

decir *Fuera del Tiempo pascual* (incluyendo Adviento, Navidad, Cuaresma y Tiempo ordinario) se repiten las mismas (a la manera como lo hacen los libros litúrgicos que, sobre todo en los Comunes de santos, presentan formularios distintos únicamente para el *Tiempo pascual* y para *Fuera del tiempo pascual*) resulta mucho más educativo que la variación de estos textos a cada tiempo litúrgico. Que la asamblea, por ejemplo, responda habitualmente a las intercesiones de la oración universal *Escúchanos, Señor* y que únicamente durante la Cincuentena de pascua cambie la fórmula y diga, por ejemplo, *Rey victorioso, escúchanos*, o que el celebrante presente habitualmente la Eucaristía antes de la comunión diciendo: *Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la cena del Señor* y únicamente durante la Cincuentena de Pascua varíe la monición diciendo: *Este es el Cordero de Dios; éste el que estaba muerto y ahora vive por los siglos de los siglos. Dichosos los invitados a su mesa*, (la monición del misal puede variarse: cf. IGMR 11) responde mucho mejor a la naturaleza del año litúrgico y resulta más pedagógico que variar estas fórmulas en cada uno de los tiempos litúrgicos.

Al iniciar, pues, el tiempo de Adviento conviene tener muy presente que, junto con este ciclo, empieza también un nuevo año litúrgico y que para dar un relieve equilibrado a cada fase del mismo, sin dejarse llevar en los primeros días de Adviento por lo que más arriba hemos llamado *exagerado entusiasmo celebrativo* es muy conveniente una cierta sobriedad en la variación de elementos. Porque si bien es recomendable que el inaugurar el Adviento algunos detalles diferencien este ciclo de las semanas del tiempo ordinario, no conviene, en cambio, que las diferencias sean tantas y tan marcadas que luego, al llegar otros tiempos más relevantes, éstos aparezcan en el fondo como uno más de los muchos ciclos del año que se suceden. **P. F.**